

Ruinas de Sagunto

El turista o simple viajero que viene o sale de Valencia, al llegar a las cercanías de la inmortal Sagunto se encuentra con un letrero, que es como un «inri» de nuestro tesoro artístico. Dice así: «A 300 metros, Ruinas de Sagunto». Como verá el lector, es toda una frase.

Una frase que pone bien a las claras qué es lo que queda de nuestro glorioso pasado, y desgraciadamente es verdad. Como Rodrigo Caro, también podemos decir nosotros: «Por donde quiera que la vista extiende, sólo contemplo ruinas...»

Pero hubiera sido mejor avisar al viajero que allí cercano al pueblo de Sagunto están, no las ruinas sino los restos de la histórica ciudad griega; por que hablar de ruinas es sacar al sol, nuestro secular abandono y desidia que ha dejado derrumbarse ante la indiferencia general o ante la piqueta destructora e inconsciente o malvada, todo un tesoro imposible de reponer.

Ahora, hace un siglo, ocurrió un hecho de mucha transcendencia para Sagunto; la Real Academia de la Historia tomó oficialmente posesión del Teatro Romano.

Hace cien años, Sagunto era una pequeña villa cargada de historia, cabeza de partido judicial, con aduana de cuarta clase y residencia del vicecónsul de Nápoles y del agente consular de Portugal. Su vieja muralla había casi desaparecido del todo y solamente le quedaban tres puertas. Tenía entonces 1452 casas generalmente de dos cuerpos y de mediana fábrica, que se distribuían en 93 calles, la mayor parte estrechas y tortuosas; una plaza cuadrilonga con soportales y seis plazuelas de forma irregular. La iluminación callejera se había inaugurado en el año 1841.

Pero lo más importante de Sagunto, era entonces, y lo es en la actualidad, su grandioso castillo que, junto a los de Morella, Peñíscola y Játiva constituyen los hitos más famosos de la historia valenciana.

El castillo de Sagunto, magnífica atalaya sobre

la huerta y el mar, tenía bien delimitadas en 1859 cinco plazas, separadas por murallas y puertas, en las que había repartidas en sus diferentes secciones nueve baterías, un cuartel de artillería, doce almacenes, dos depósitos de pólvora, siete cuerpos de guardia, dos cuarteles de infantería, cuatro calabozos, cuatro aljibes, un pozo o cisterna, cinco pabellones para la oficialidad de la guarnición, capilla, pabellón para el gobernador del castillo, cantina, un horno de pan y el cuartel de presidiarios.

Pues bien, junto al castillo están los restos — nos resistimos a escribir ruinas — del Teatro Romano, en los que aún se aguanta como puede de la vieja gradería y lo que fueron puertas o vomitorios, puesto que cada clase de espectadores — según su categoría social — entraban y salían por distintas puertas y escaleras.

La última embestida que sufrió el Teatro Romano fué en 1808, que al hacerse obras de fortificación en el Castillo para la lucha contra los franceses, se destruyeron la parte superior de las gradas y algunas otras obras antiguas. Después, un tranquilo abandono y un olvido de su existencia durante algunos años. En 1842, por disposición del jefe político de Valencia, el desdichado don Miguel Antonio Camacho, que murió asesinado y su cuerpo arrastrado por las calles de la ciudad, en una de las revueltas políticas tan abundantes a principios y mediados del siglo pasado, se destinaron algunos presos para limpiar las graderías, corredores y escaleras cubiertas de tierra y de greda.

Hace ahora cien años, en abril de 1859, se publicó en uno de los periódicos de Valencia, una gacetilla dando cuenta de la llegada a nuestra ciudad del señor don Antonio Delgado, «comisionado por la Real Academia de la Historia para visitar el castillo de Sagunto antes de su demolición (!!). Además venía completamente autorizado para impulsar la formación comenzada ya, del Museo Arqueológico que con tanto interés había creado la Comisión de Monumentos de la provincia. Para acompañar al señor delegado había designado la

citada Real Academia a nuestro cronista don Vicente Boix, a los que se había unido el excelentísimo señor barón Tecco, ministro plenipotenciario del rey de Cerdeña en la corte de Madrid, persona de gran cultura y uno de los orientalistas más distinguidos de Italia». Creemos — añadía el periódico — que los esfuerzos reunidos de personas tan competentes darán felices resultados en el descubrimiento de nuestras antigüedades ibéricas.

El barón Tecco, visitó las ruinas de Sagunto el 26 de abril, admirando como hombre entendido en la materia, los restos de aquel tesoro artístico. Y, el 27, los señores don Antonio Delgado y don Vicente Boix tomaron posesión del antiguo Teatro Romano, en representación de la Real Academia de la Historia.

Diferentes personalidades que en aquellos días se encontraban en Valencia, aprovecharon esta oportunidad, se trasladaron a Sagunto, y así, las actas de posesión, extendidas por el secretario del ayuntamiento, y por el gobernador militar del castillo en cuya zona se encuentra el teatro, fueron firmadas por los siguientes testigos: don Santiago Piñeiro, brigadier de artillería; don Emilio Alcalá Gailano, vizconde de Ponton; don Fermín Lassala, diputado provincial por el distrito de Sagunto y don Joaquín Fernández del Corral, capitán del provincial de Segorbe.

Los académicos comisionados, en su oficial y detenida visita, no sólo examinaron los medios de conservar el Teatro (?), sino que al mismo tiempo anotaron, para ser recogidas y expuestas en el

incipiente Museo Arqueológico, gran número de lápidas romanas que se encontraron esparcidas en diferentes lugares del Castillo y de la población, Entre ellas destacaban tres una era un recuerdo de gratitud del pueblo de Sagunto a Cornelio Escipión, por haber reedificado el lugar, durante la segunda guerra púnica, «ob restitutam bello punico secundo» otra, estaba dedicada a Augusto en calidad de príncipe de la juventud: «Principi Juventutis»; y la tercera estaba consagrada a Druso. Se hizo observar que en muchas de ellas, se leían los nombres latinizados de varias familias de origen griego. Se encontraron medio enterrada la cabeza de una Pallas bastante bien conservada, y se fijó la época que correspondía la construcción de uno de los trozos de la primitiva muralla, «formada de esas grandes piedras informes que los arqueólogos dicen obras pelásgicas, aunque son de la segunda época».

El resultado, pues, de la expedición de los señores Delgado y Boix —terminaba el cronista—, ha sido ventajoso en muchos conceptos, y esperamos en vista de su informe dispensará el gobierno su poderosa protección (?) para conservar estos restos de nuestra historia antigua.

Como en las novelas por entregas, podemos nosotros escribir ahora. Han pasado cien años. Cien años de desidia y abandono, en los que las históricas ruinas «se van al sol en polvo deshaciendo»; en los que, un cartel, para aviso de turistas anuncia una amarga y afrentosa realidad: Ruinas de Sagunto.

E. SOLER GODES

Una curiosa definición:



A todos los Congresos Arqueológicos que vienen celebrándose en España, acudía el Almirante Bastarreche por ser Presidente Honorario de dichos Congresos. En uno de sus viajes a Valencia vino a Sagunto trasladándose al Teatro Romano y mandándole recado al Alcalde de que allí lo esperaba. Era Alcalde de Sagunto D. Teodoro Torrejón Orduña y no pudiéndose él desplazar me encargó que lo hiciese yo.

Llegué al Teatro Romano y efectivamente allí estaba esperando junto a sus ayudantes, Capitanes de Fragata y Navío. Tras el saludo de rúbrica, subimos al Teatro y hallándose en la escena me preguntó: ¿Pertenece usted al cuerpo de Arqueólogos?. ¡No señor!, contesté al Capitán General de Cartagena. Lo digo, prosiguió, porque los arqueólogos son peligrosísimos porque siempre van con piedras, ahora bien, voy perdiéndoles el miedo porque como sienten tan gran estimación a estas piedras, no las arrojan, se las guardan.